

**El forastero misterioso**  
**Reflexiones sobre literatura y la ética como estética de la existencia**

**The mysterious stranger**  
**Reflections about literature and ethics as aesthetics of existence**

**Iris Aleida Pinzón Arteaga**

Estudiante de Psicología

Universidad Autónoma de Bucaramanga

[ipinzon266@unab.edu.co](mailto:ipinzon266@unab.edu.co)

**Laura Viviana Quintero Grazt**

Estudiante de Psicología

Universidad Autónoma de Bucaramanga

[lquintero186@unab.edu.co](mailto:lquintero186@unab.edu.co)

**Artículo recibido el 16 de octubre 2014**

**Artículo aprobado el 27 de octubre 2014**

**Resumen**

El presente texto tiene como objetivo abordar la literatura, en tanto campo reflexivo de construcción de conocimiento que posibilite aproximarse a una ética entendida, desde la obra del filósofo francés M. Foucault, como el arte de embellecer la propia vida, esto es, una estética de la existencia; a partir de la relación entre Satanás, un joven ángel, y Theodor, un pequeño habitante de una aldea austriaca en el medioevo, ambos personajes del pequeño universo que retrata Mark Twain en su novela: *El forastero misterioso*.

**Palabras Clave:** ética, estética, literatura, moral

**Abstract**

The present article seeks to address literature as a field of *critical knowledge emergence* that allows an approximation to ethics, as it appears on the works of French philosopher M. Foucault, the art of embellishing the own life, an aesthetics of existence; using as a reference the relationship between Satan, an angel, and

Theodor, a young boy from an Austrian village; both of them, characters from the small universe narrated by Mark Twain in his novel: *The mysterious stranger*.

Key words: ethics, aesthetics, literature, morality

### **Introducción:**

*“Satán solía decir que nuestra raza vivía una vida de autoengaño continuo e ininterrumpido. Se estafaba a sí misma desde la cuna hasta la tumba con imposturas e ilusiones que tomaba por realidades, y esto convertía su vida entera en una impostura (...) Se consideraba a sí misma como oro, y era solamente de bronce.”*

Fragmento de *El forastero misterioso*, Mark Twain (1916)

En 1916 se publica *El forastero misterioso*, novela en la que el escritor norteamericano Samuel Langhorne Clemens, conocido por el pseudónimo de Mark Twain, trabajaría por once años consecutivos y cuya versión final, publicada seis años después de su muerte, corresponde a una reedición elaborada por el biógrafo personal del autor, Albert Bigelow Paine; reedición que, a pesar de las modificaciones, conserva *lo esencial*, la propia filosofía hecha ejercicio literario; esto es, las concepciones del autor sobre la moral, la religión y la fútil existencia humana

Ahora bien, con el objeto de introducir aquello que constituye la noción central del presente texto, es preciso partir comentando sobre una cuestión de estilo; pero, no por ello, secundaria; puesto que, tanto en literatura como en la experiencia cotidiana, no se trata meramente de aquello que se narra sino de *cómo es narrado*. Ésta es, podría decirse, la tesis de Cortázar en *Del cuento breve y sus alrededores*, quien, al interrogarse por los diferentes lugares en los que se inscribe el narrador respecto de lo narrado, dice: “Me parece una vanidad querer intervenir en un cuento con algo más que el cuento en sí” (1969); criticando a quienes, en sus textos, parecen dejar de lado a los personajes para explicar alguna transición o alguna idea. Lo que encontramos en *El forastero misterioso* es, precisamente, una oposición a tal intervención demiúrgica; Mark Twain nos presenta el minúsculo universo de sus personajes: un grupo de niños, habitantes de una pequeña aldea austriaca, y Satanás, un joven y radiante ángel; quien se encargará de mostrar, tanto a los niños como a los lectores, complejas situaciones que les interrogarán respecto a la moral imperante y a las respuestas predeterminadas que de ésta derivarían.

Así pues, el ejercicio literario del autor ofrece, a quien le lee, más preguntas que respuestas; constituyéndose, no como un tratado, sino como la invitación misma a tomar una posición, a interrogarse;

invitación que, como se intentará argumentar en los siguientes párrafos, deviene en una *apuesta ética*; en tanto arte del existir (Rodríguez, 2001). En suma, el Forastero misterioso permite abordar la literatura desde la noción de campo de construcción de un saber que pueda ser tomado como “el espejo donde los sujetos reflejan y reflexionan su experiencia individual y colectiva” (Álvarez, 2010). Consecuentemente, la experiencia que nos ofrece el ejercicio literario es del orden de lo estético, una práctica crítica continua que permite interrogarse sobre la propia manera de ser o de conducirse; reflexión que se da en torno a un diálogo con el texto e implica tomar una posición, siendo esto lo que emerge, en el presente artículo, como una apuesta ética.

### **Sobre la diferencia entre moral y ética**

Atendiendo a lo anteriormente planteado, resulta pertinente establecer una diferencia previa entre *lo ético* y *lo moral*, pues son nociones que en el habla cotidiana se equiparan de manera indistinta y cuya diferenciación resultará provechosa a la luz de la ilación argumentativa que se desarrolla en el presente texto; para tal fin, es interesante retomar el contexto histórico en el que Mark Twain sitúa su pequeño Eseldorf, su *pueblo de asnos*, como signa la traducción del nombre alemán al español; se trata del medioevo, bien lo ilustra Theodor, uno de los niños a los que se presenta Satanás, cuando dice: -“Ciertas personas retrocedían incluso siglos y siglos, asegurando que en el reloj de la inteligencia y del espíritu se hallaba Austria todavía en la edad de la fe”. Acto seguido, el mismo personaje ofrece algunos detalles respecto a lo que supone su existencia cotidiana en el pueblo, refiriéndose al escenario familiar de la escuela, dice: -“En ella nos enseñaban principalmente a ser buenos cristianos, a reverenciar a la Virgen, a la iglesia y a los santos, por encima de todo. Fuera de esos temas no se nos exigía que aprendiésemos mucho, a decir verdad no se nos permitía”.

En éste orden de ideas, *la edad de la fe* es el momento histórico en el que se consolidan un determinado conjunto de reglas, valores, actitudes, modos de conocer y modos de acción propuestos a los individuos a partir de diferentes prácticas (Foucault, 1984); esto es, la *moral cristiana*, un conjunto de prescripciones y proscipciones cuyo ejercicio supone, como enfatiza Sampson (1998), un *espíritu de combate*, una lucha del hombre contra sus propias pasiones; en consecuencia, requiere de una gran cuota de auto-sacrificio y esfuerzo, se inculca y se vigila su cumplimiento; ya le respondía, bastante sorprendido, un sacerdote a Theodor, cuando éste le preguntaba respecto del valor del sentido moral: -“¿Que si tiene valor? ¡Válgame Dios, mocito! El sentido moral es lo único que eleva al hombre por encima de las bestias que perecen y lo hace heredero de la inmortalidad” (Twain, 1916: 23).

En efecto, la moral no se agota en el imperativo del *deber ser* que la compone; ésta incluye otra dimensión, pues supone el establecimiento de un ideal con el que el sujeto se relaciona, lo erige dentro de sí, ya sea para rechazarlo o para demandarse igualarlo, como señala Foucault (1994: 35):

“El individuo circunscribe la parte de sí mismo que constituye el objeto de la esta práctica moral; define su posición en relación con el presente que sigue, se fija cierto modo de ser que valdría como realización moral de sí mismo y para hacerlo así obra sobre sí mismo, se empeña en conocerse, se controla, se experimenta, se perfecciona, se transforma”

En consecuencia, hablar de ésta otra dimensión de la moral, que pudiésemos llamar *el material de la ética*, es hablar de un sujeto que no está plenamente constituido sino que se construye a sí mismo, se crea una y otra vez en razón del ideal que ha erigido para sí, de las normas que le han impuesto; como le hace ver Satanás a su pequeño acompañante, cuando, antes de desaparecer, le dice: -“Nada existe; todo es un sueño. Dios, el hombre, el mundo, el sol, la luna, la inmensidad estelar, un sueño, todo un sueño; no tienen realidad. ¡Nada existe, fuera del espacio vacío... y tú! (...) ¡Sueña otros sueños, y que sean mejores!” (Twain, 1916: 90); se trata, aquí, de aclarar que no hay un único sentido pre-establecido, una única forma de hacerse un camino, Satanás hace una invitación a *soñar otros sueños*, a constituirse a sí mismo en tanto sujeto; el reconocimiento de lo anterior es, precisamente, lo que permite asumir una posición ética.

En función de lo previamente argumentado, lo que se toma por ética, en el presente artículo, retomando el trabajo de Foucault en su *Hermenéutica del sujeto*, se relaciona con el *ethos* griego, un cierto modo de conducirse que resulta del *cuidado de uno mismo*; práctica que incluye la famosa máxima del oráculo de Delfos: -“Conócete a ti mismo”, pues la preocupación por uno mismo llevaría, tanto a la introspección, como a tomar una posición respecto del conocimiento que resulta de la misma; la ética, no universalizable, estaría orientada a la estética (Pereira, 2009), sería un arte, el de hacer más bella la propia vida.

### **Entre la Estulticia y la estética de la existencia, un espacio para el otro:**

*“Lo que me sorprende, dice Foucault, es el hecho de que en nuestra sociedad el arte se ha convertido en algo que no concierne más que a los objetos, y no a los individuos ni a la vida. Que el arte es una especialidad hecha sólo por los expertos que son los artistas. Pero ¿por qué no podría cada uno hacerse de su vida una obra de arte? ¿Por qué esta lámpara,*

*esta casa, sería un objeto de arte y no mi vida?”*

(Foucault, 2003: 61)

Entonces, si la ética puede ser definida como una reflexión estética y un arte que implica una relación particular con uno mismo, la de transformarse para hacerse a un propio estilo de vida; esto no se da fácilmente, requiere una práctica concienzuda, un esfuerzo deliberado y continuo que puede no llevarse a cabo. Es, precisamente esto, a lo que apunta Foucault (1994) cuando referencia el concepto de *estulticia* del filósofo estoico Séneca, pues el estulto es quien se encuentra en el polo opuesto de la ética como estética de la existencia, es quien “se dispersa en el tiempo, se deja llevar, no se ocupa de nada, deja a su vida transcurrir sin más (...) Su existencia transcurre sin memoria ni voluntad” (Foucault, 1994: 59); en consecuencia, no se ocupa de sí mismo porque ni siquiera ha logrado relacionarse con su experiencia, subjetivarla. Emerge, entonces, un interrogarse por aquello que puede hacerse para pasar de la estulticia a una posición ética, cuya respuesta acarrea pensar en la posibilidad de dar un lugar al otro como mediador en dicho paso.

La trama del forastero misterioso se estructura en torno a Satanás y Theodor, quienes ya han sido mencionados previamente; no obstante, lo que resulta de central interés para el presente texto, atendiendo a lo desarrollado en el anterior párrafo, es la relación que se establece entre ambos personajes. Por una parte, Theodor es retratado en la novela como un alegre joven que, antes de conocer al seductor ángel, relaciona su aldea con el paraíso; poco se exige de ellos, los jóvenes, y de los demás aldeanos, pues su único deber es cumplir, a cabalidad y sin hacer muchas preguntas, con las reglas y normas socialmente impuestas. Sin embargo, un buen día, la aparición de Satanás termina con el relativo sosiego del joven; ya desde el primer encuentro, cuando el ángel revela su nombre a los niños, posterior a la concesión de algunos de sus deseos, éstos se ven sumamente contrariados: ¿cómo podría un ángel llevar el nombre del demonio?, ¿cómo podría, alguien llamado de esa manera, hacer cosas buenas por ellos?, se preguntan insistentemente; Satanás les tranquiliza haciéndoles saber que él no es ese personaje del que tanto han escuchado.

No obstante, la dualidad que el ángel representa es una constante a lo largo de la historia, Satanás construye un pequeño universo animado de hombrecillos de arcilla, les ofrece un castillo, animales y herramientas pero, a la más mínima discordia entre ellos, decide eliminarlos; refiere uno de los jóvenes, exclamado: “Un ángel que desconocía la manera de hacer mal y aniquilaba a sangre fría a centenares de pobres hombres y mujeres indefensos que ningún daño le habían hecho jamás” (Twain, 1916: 13). Encuentro tras encuentro, Satanás le hace ver a Theodor, quien se encontraba orgulloso del progreso de la civilización, que el hombre se pasa la vida eligiendo entre el bien y el mal, pero “en nueve de cada diez casos opta por el mal” (Twain, 1916: 34); así pues, le muestra las torturas que efectúan algunos de los aldeanos, en nombre de

aquello que les es ordenado, contra quienes son considerados herejes, le invita a visitar una fábrica donde trabajan mujeres y niños hacinados, le hace un recorrido histórico de las guerras y genocidios. En síntesis, el ángel le presenta situaciones que constituyen dilemas ante los que la emergencia de múltiples interrogantes no se hace esperar; no se trata, pues, de que Theodor declare juicios de valor, sino de que se pregunte ¿cómo se relaciona esto conmigo?

A la luz de lo anterior, la relación entre ambos personajes no se caracteriza por la transmisión de un conocimiento que sustituya la ignorancia; aquello que está puesto en juego es la mediación de un otro, quien posibilita que el sujeto pueda establecer una relación consigo mismo y una posición respecto de lo imperante.

### **La literatura, un otro mediador.**

Ahora bien, ese lugar del otro como mediador puede ser posibilitado, además, por la literatura, dado que, como plantea Álvarez (2010), el diálogo con la misma se constituye en un *acto privado*, donde el sujeto encuentra en el texto a ese otro. En el universo del *Forastero misterioso*, como ya se había elaborado, Satanás no viene a adoctrinar a Theodor, sólo le presenta algunos dilemas que le hacen interrogarse. En éste mismo orden de ideas, el estilo mismo de Mark Twain tampoco supone, de parte del autor, una transmisión de algún mensaje encriptado en la historia; sólo se presenta el hilo narrativo, dependerá, entonces, del lector implicarse en la lectura, permitirse una interrogación respecto a aquello que ha sido plasmado en el texto; no con la pretensión de averiguar o descifrar la intención del autor, sino de reflexionar respecto a la relación que puede establecer con los personajes, a la propia posición respecto de las situaciones narradas; esto es, la producción de un saber que devenga en una apuesta ética, en la posibilidad de reinventarse a sí mismo.

No obstante, resulta pertinente enfatizar, lo anterior supone una aproximación particular a la lectura; no se trata de responder a preguntas como: ¿Qué intención tenía el autor al escribir determinado fragmento?, o ¿a qué hace referencia el autor cuando (...)?, pretensiosa empresa que correspondería, más bien, a la construcción de un discurso sobre el texto y sobre el autor (Cheymol, 1998). Sino de reconocer, en el ejercicio de la lectura, la posibilidad de un diálogo infinito, vivencia que se constituye como práctica del arte de vivir, de la ética en tanto experiencia estética; dado que, de la pluralidad de interrogantes emergentes se constituirá un sujeto interrogado que ya no puede conformarse con dejar que su vida discurra sin más.

### **Referencias**

Álvarez, L. A. (2010). “Notas sobre la ética y la literatura”. *Letras*, 52, 117-130.

Cheymol, M. (1988). “La crítica: ¿apoyo o limitaciones para la enseñanza de la literatura?” México, *Anuario de letras modernas*. 4, 73-80.

Cortázar, J. (1969). “Del cuento breve y sus alrededores”. En: *Último round*. (pp. 59-83) España, Siglo XXI editores.

Foucault, M. (2003). *El yo minimalista y otras conversaciones*. Buenos Aires, Argentina. Editorial La Marca.

\_\_\_\_\_. (1994). *La hermenéutica del sujeto*. Madrid, Editorial de la Piqueta.

\_\_\_\_\_. (1984). *Historia de la sexualidad: El uso de los placeres*. Tomo II. España, Siglo XXI editores.

Rodríguez, A. (2001). “El juego de la libertad en la ética de Michel Foucault”. En *Revista de ciencias humanas* (online). Vol.25. disponible en línea: <http://www.utp.edu.co/~chumanas/revistas/revistas/rev25/rodriguez.htm>

Pereira, A. (2009) “La ética como estética de la existencia en el pensamiento de Michel Foucault”. *Pontificia Universidad Javeriana*. Bogotá, Colombia. Recuperado de: <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/filosofia/tesis49.pdf>.

Sampson, A. (1998). “Ética, moral y psicoanálisis”. *Revista colombiana de psicología*, 7, 81-93.

Twain, M. (1916). *El forastero misterioso*. (Doris Rolfe, trad.). Madrid: Anaya (edición del 2001).